

Se necesita más autocensura

Jesús Ballesteros

Catedrático Emérito de Filosofía del Derecho y Filosofía Política

Universitat de València

Las Provincias, 7.11.20

Un siglo antes de Darwin, el gran filósofo italiano J.B. Vico, defendía cómo la hominización, el paso de la bestia al ser humano, se había producido debido a la conciencia del pudor, a la creencia en la Providencia y a la fe en la inmortalidad ultraterrena. Vico hacía especial hincapié en la idea de pudor, como sinónimo de vergüenza, como reconocimiento del propio error y horror, como capacidad de sonrojarse y la oponía al palidecer, al miedo, en que tanto había insistido el inglés Thomas Hobbes, como origen del pacto social. A la luz de este planteamiento podemos ver lo amenazada que se encuentra hoy la humanidad, dado el retroceso considerable de la vergüenza y el avance gigantesco del miedo que esclaviza.

Esta reducción de la vergüenza es especialmente visible hoy en el ámbito de la política en general y de la política española en particular. Querría centrarme en la falta de vergüenza de las dos últimas mociones de censura presentadas en España y mostrar su semejanza, salvo quizá en el estilo más bronco de la última, acompañado de la intolerable y ridícula inquisición sobre las vestimentas de sus señorías.

En efecto, se trata en ambos casos de mociones frentistas, basadas en la visión del diferente como enemigo peligroso y por tanto en el fomento del miedo/odio al otro y en la exigencia de su total exclusión de la política. Y de mociones contra el PP, directamente en un caso, indirectamente en el otro, promovidas por tráfugas del PP. La más reciente, la presentaba alguien que ha construido un partido populista iliberal, en línea con Trump, Johnson, Bolsonaro, Le Pen, Salvini...La otra fue urdida por un especialista en mercadotecnia, un tecnócrata nunca votado por nadie, insatisfecho por no conseguir medrar más en el PP, después de servirle largo tiempo asesorando a políticos como Basagoiti, Garcia Albiol o Monago.

Tampoco sobresalen en vergüenza los dos principales beneficiados por la primera moción de censura. Uno de ellos ha hecho compatible su admiración por el Che Guevara con vivir como un duque en un chalet facilitado por la *Caixa dels Enginyers*, su debilidad por el independentismo catalán con su marxismo teórico, su retórico feminismo con tener causas abiertas por delitos de género, su presunta hostilidad a la casta con su deseo de controlar el poder judicial.

Las opiniones de nuestro tercer hombre varían cada nanosegundo, como perfecto representante de lo que ha llamado Bruno Patino, *Civilización de la memoria de pez*. Por ello sus exquisitas palabras tienen menos valor que las de un periquito. Negó rotundamente que gobernaría con los separatistas hasta que los consideró imprescindibles para sentarse en la Moncloa. Pasó de reconocer causa de permanente insomnio una posible coalición suya con Podemos a considerar a este partido como el más estricto cumplidor de la Constitución y a mostrar a su jefe apoyo total en todas sus causas abiertas.

El novelista Andrés Trapiello ha dicho que para evitar la ruptura de España, es necesario que el PSOE se rompa. No lo creo necesario. El PSOE ha sido, es y será un partido esencial para la defensa de la Constitución española de 1978, que dio origen a la época más libre y ejemplar de la historia de España. Bastaría, por tanto con que el PSOE retirara su apoyo al actual Presidente de Gobierno, como ya hizo con gran

intuición hace unos años, cuando previó que sería capaz de formar un gobierno Frankenstein, en certera expresión de Alfredo Pérez Rubalcaba que recuerda ahora el economista Juan Francisco Martín Seco, en su reciente libro, *Una historia insólita: el gobierno Frankenstein*. Parece muy poco probable por ahora, pero hay que tener paciencia, y esperar a ver cómo van ampliándose los desastres actuales causados por el gobierno en los diferentes campos.

En cualquier caso es incuestionable que, frente a todo populismo, que enfrenta entre sí a la población, la Unión Europea continúa siendo nuestra gran esperanza política y económica como modelo de convivencia basada en el Estado de Derecho, como se ha visto recientemente con las llamadas de atención al gobierno por su disposición a sojuzgar al Poder judicial. La Unión Europea puede verse incluso como modelo de solidaridad interna, si triunfan los planes de la presidenta del Banco Central Europeo de apoyo a los eurobonos. La solidaridad externa con los refugiados e inmigrantes, que quizá perfile el Nuevo Pacto de Inmigración y Asilo, queda todavía lejos, aunque le parezca excesiva a algunos.

Hace falta más pudor y menos miedo/odio, más autocensura y menos mociones de censura, al menos como las dos últimas.